

LOS CANTOS DE MALDOROR



Representación teatral de *Los Cantos de Maldoror*, Barcelona, 1973

CANTO PRIMERO

PLEGUE¹ al cielo que el lector, enardecido y momentáneamente feroz como lo que lee, halle, sin desorientarse, su abrupto y salvaje sendero por entre las desoladas ciénagas de estas páginas sombrías y llenas de veneno; pues, a menos que ponga en su lectura una lógica rigurosa y una tensión de espíritu igual, como mínimo, a su desconfianza, las emanaciones mortales de este libro embeberán su alma como azúcar en agua. No es bueno que todo el mundo lea las páginas que siguen; sólo algunos saborearán sin peligro ese fruto amargo. Por lo tanto, alma tímida, antes de adentrarte más por semejantes landas inexploradas, dirige hacia atrás tus pasos y no hacia adelante. Escucha bien lo que te digo: dirige hacia atrás tus pasos y no hacia adelante, como la mirada de un hijo se aparta, respetuosamente, de la contemplación augusta de la faz materna; o, mejor, como el ángulo perdiéndose en el horizonte de las friolentas grullas² tan

¹ Esta traducción del primero de *Los Cantos de Maldoror* se ha realizado de acuerdo con la edición original parisina de 1869, que incluye los otros cinco cantos y es la que, desde entonces, viene reeditándose. Las variantes significativas con respecto a las dos primeras publicaciones de este canto serán indicadas en las correspondientes notas. En ese caso, las siglas «B.Q.» se refieren a la edición de Balitout, Questroy et Cie. (París, 1868) y «P.A.» remiten a la publicación en *Parfums de l'âme* (Burdeos, 1869).

² Suele señalarse como posible fuente de este párrafo el «Infierno» del Dante (canto V, 46-49). Ángel Crespo traduce:

Y cual grullas que cantan su lamento,
formando por los aires larga hilera,
se acercan así con triste acento,
sombras que aquel castigo allí trajera...

meditabundas que, durante el invierno, vuela poderosamente a través del silencio, con todas las velas tendidas, hacia un punto preciso del horizonte de donde, súbitamente, brota un viento extraño y fuerte, precursor de la tormenta. La grulla más vieja, que forma por sí sola la vanguardia, al verlo, mueve su cabeza como una persona razonable y, en consecuencia, también su pico que hace restallar, y no está contenta (tampoco yo lo estaría en su lugar), mientras su viejo pescuezo, desprovisto de plumas y contemporáneo de tres generaciones de grullas, se agita en irritadas ondulaciones, presagio de la tempestad que se acerca cada vez más. Tras haber mirado, con sangre fría, varias veces a todas partes con ojos que atesoran experiencia, prudentemente, en primer lugar (pues a ella corresponde el privilegio de mostrar las plumas de su cola a las demás grullas de inferior inteligencia), con su grito vigilante de melancólico centinela, para rechazar al enemigo común, vira con flexibilidad el vértice de la figura geométrica (tal vez sea un triángulo, pero no se ve el tercer lado que forman en el espacio esas curiosas aves de paso), bien a babor, bien a estribor, como un hábil capitán; y, maniobrando con alas que no parecen mayores que las de un gorrión, puesto que no es tonta, toma así otro camino filosófico y más seguro.

Lector, tal vez desees que invoque el odio al comienzo de esta obra. ¿Quién te dice que no vas a respirar, bañado en innumerables voluptuosidades, tanto como lo desees, por tus orgullosas fosas nasales, amplias y delgadas, volviéndote panza arriba al igual que un tiburón, en el aire

Hubert Juin, en la edición *Poesie*, de Gallimard (1973), cita también el tercer canto de la *Iliada*, en el que las troyanas se ponen en marcha como «una banda de grullas»... Otros autores han recurrido a distintas obras zoológicas (desde Buffon al doctor Chenu). Ciertamente, una simple referencia al vuelo de las grullas es poca base para justificar tantas sugerencias. Sin embargo, en la atribución y descubrimiento de posibles «fuentes» de los *Cantos*, los estudiosos no se han mostrado en exceso remisos... ni demasiado exigentes.

negro y hermoso, como si comprendieras la importancia de este acto y la no menor importancia de tu legítimo apetito, lenta y majestuosamente, sus rojas emanaciones? Te lo aseguro, alegrarán los dos informes agujeros de tu asqueroso hocico, oh monstruo, siempre que, antes, te apliques en respirar tres mil veces seguidas la maldita conciencia del Eterno. Tus fosas nasales se habrán dilatado desmesuradamente de inefable satisfacción, de éxtasis inmóvil, y no pedirán al espacio, embalsamado como con perfumes e incienso, nada mejor; pues se habrán ahitado de felicidad perfecta, como los ángeles que habitan en la magnificencia y la paz de los agradables cielos.

Estableceré en pocas líneas que Maldoror fue bueno durante sus primeros años, en los que vivió feliz; ya está hecho. Advirtió luego que había nacido malo: ¡fatalidad extraordinaria! Ocultó su carácter lo mejor que pudo, durante muchos años; pero, por fin, a causa de esta concentración que no le era natural, cada día la sangre se le subía a la cabeza; hasta que, sin poder ya soportar semejante vida, se arrojó resueltamente a la carrera del mal... ¡grata atmósfera! ¡Quién lo hubiera dicho!, cuando besaba a un niño pequeño, de rostro rosado, hubiese querido rebanarle las mejillas con una navaja, y lo habría hecho con frecuencia si Justicia, con su largo cortejo de castigos, no se lo hubiera impedido cada vez. No era mentiroso, confesaba la verdad y decía que era cruel. Humanos, ¿habéis oído?, ¡se atreve a repetirlo con esta pluma temblorosa! De modo que existe un poder más fuerte que la voluntad... ¡Maldición! ¿Querrá la piedra sustraerse a las leyes de la gravedad? Imposible. Imposible que el mal quiera aliarse con el bien. Es lo que antes he afirmado.

Los hay que escriben para conseguir los aplausos humanos, gracias a las nobles cualidades del corazón que la

imaginación inventa o que pueden poseer³. Yo, por mi parte, me sirvo del genio para pintar las delicias de la crueldad. Delicias ni efímeras ni artificiales; por el contrario, comenzaron con el hombre y terminarán con él. ¿No puede el genio aliarse con la crueldad en los secretos designios de la Providencia?, ¿o, acaso, el ser cruel impide tener genio? En mis palabras se hallará la prueba; sólo de vosotros depende escucharme, si así lo deseáis... Perdón, he creído que los cabellos se habían erizado en mi cabeza; pero no es nada, pues he conseguido fácilmente, con mi mano, colocarlos de nuevo en su posición inicial. El que canta no pretende que sus cavatinas permanezcan desconocidas; por el contrario, se envanece de que los pensamientos altivos y malvados de sus héroes estén en todos los hombres.

He visto, durante toda mi vida, a los hombres de estrechos hombros, sin exceptuar uno solo, cometer actos estúpidos y numerosos, embrutecer a sus semejantes y pervertir las almas por todos los medios. Llaman «gloria» a los motivos de sus acciones. Viendo tales espectáculos quise reír como los demás; pero eso, extraña imitación, era imposible. Tomé una navaja cuya hoja tenía un filo acerado y me abrí las carnes en los lugares donde se unen los labios⁴. Por un instante creí alcanzado mi objetivo. Miré en un espejo esa boca lacerada por mi propia volun-

³ Marcel Jean y Arpad Mezei (prólogo a las *Obras Completas* de Lautréamont, París, Éric Losfeld, 1971), creen ver una influencia de Milton en cuyo *Paraíso Perdido* Satán afirma: «Nuestra única delicia será hacer siempre el mal, para contrariar la voluntad de aquél a quien nos resistimos.»

⁴ Hubert Juin, en la edición Gallimard ya citada, menciona las similitudes de este episodio con *L'Homme qui rit* de Victor Hugo, que aparece a comienzos de 1869; similitudes que, por lo tanto, sólo pueden ser una coincidencia.

tad. ¡Era un error! La sangre que corría en abundancia de ambas heridas impedía, además, distinguir si aquella era en realidad la risa de los demás. Pero, tras unos momentos de comparación, vi que mi risa no se parecía a la de los humanos; es decir, que no me reía. He visto a los hombres de fea cabeza y horribles ojos hundidos en las oscuras órbitas, superar la dureza de la roca, la rigidez del acero fundido, la crueldad del tiburón, la insolencia de la juventud, el insensato furor de los criminales, las traiciones del hipócrita, a los más extraordinarios comediantes, la fortaleza de carácter de los curas y a los seres más ocultos para el exterior, los más fríos de los mundos y del cielo; fatigar a los moralistas hasta descubrir su corazón y hacer que caiga sobre ellos la cólera implacable de las alturas. Les he visto, todos a una, dirigiendo unas veces al cielo el más robusto puño, como el de un niño perverso ya contra su madre, excitados probablemente por algún espíritu infernal, con los ojos llenos de un remordimiento urente y rencoroso al mismo tiempo, en un silencio glacial, sin osar emitir las vastas e ingratas meditaciones que su seno albergaba, tan llenas de injusticia y horror estaban, y entristecer así de compasión al Dios de misericordia; otras, en todo instante del día, desde el comienzo de la infancia hasta el fin de la vejez, esparciendo increíbles anatemas, sin sentido común alguno, contra todo cuanto respira, contra sí mismo y contra la Providencia, prostituir a las mujeres y los niños y deshorrar, así, las partes del cuerpo consagradas al pudor. Entonces, los mares levantan sus aguas, engullen los maderos en sus abismos; los huracanes, los terremotos derriban las casas; la peste, las diversas enfermedades diezman las rezadoras familias. Pero los hombres no lo advierten. Les he visto, también, ruborizándose, palideciendo de vergüenza por su conducta en esta tierra; raras veces. Tempestades, hermanas de los huracanes; azulado firmamento cuya fuerza no admito; hipócrita mar, imagen de mi corazón; tierra de mis-

terioso seno; habitantes de las esferas; universo entero; Dios que lo creaste con magnificencia, a ti te invoco: ¡muéstrame a un hombre que sea bueno!...⁵. Pero que tu gracia multiplique mis fuerzas naturales; pues ante el espectáculo de semejante monstruo puedo morir de asombro; por menos se ha muerto⁶.

Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días⁷. ¡Oh!, qué dulce resulta entonces arrancar brutalmente del lecho a un niño que nada tenga todavía sobre el labio superior y, con los ojos muy abiertos, simular que se pasa suavemente la mano por su frente, echando hacia atrás sus hermosos cabellos. Luego, de pronto, cuando menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho⁸, cuidando de que no muera; pues si muriese, no se tendría más tarde el espectáculo de sus miserias. A continuación, se bebe la sangre lamiendo sus heridas; y durante ese

⁵ Ducasse anotó personalmente un ejemplar de *Le problème du mal* de Ernest Naville (Ginebra, Cherbuliez, 1868) que se convirtió, así, en uno de los escasos testimonios «lautrearmonianos» que ha llegado hasta nosotros. En la obra de Naville puede leerse: «Que una criatura libre no elija siempre el bien es algo que puede concebirse; pero que, los miles y millones de criaturas humanas que han aparecido en nuestro globo hayan elegido todas el mal y exigido el sufrimiento, y que no haya existido una sola para elegir siempre el bien no es imposible en el sentido lógico y absoluto de la palabra, aunque es realmente muy extraño.» Pierre Capretz (tesis mecanografiada, París, 1950) piensa que Ducasse era un lector del «divino marqués» y en especial de su *Histoire de Juliette*.

⁶ Variante en B.Q. y P.A.: «...por menos se ha muerto. ¿Qué he dicho contra los hombres? ¿Soy yo quien se permite reprocharles algo? Soy más cruel que ellos». Todo el párrafo fue suprimido en la edición completa de 1869.

⁷ Variante en B.Q. y P.A.: «...quince días. ¡Ah!, qué dulce resulta entonces acostarse con un niño que nada tenga todavía sobre el labio superior...»

⁸ Pierre Capretz (tesis citada) compara el párrafo con la tortura del niño en la *Histoire de Juliette* de D. A. F. de Sade. Por su parte, Maurice Blanchot, *Sade et Lautreamont* (París, Éditions de Minuit, 1949) menciona a este respecto el *Bénédiction* de Baudelaire. Nydia Lamarque traduce:

Y cuando me fatigue de esas farsas impías,
sobre él mi frágil y fuerte mano posaré,
y con mis uñas, uñas cual las de las harpías,
hasta su corazón camino me abriré.

tiempo, que debiera ser largo como larga es la eternidad, el niño llora. Nada es mejor que su sangre extraída como acabo de explicar y caliente todavía, salvo sus lágrimas, amargas como la sal. Hombre, ¿no has probado nunca el sabor de tu sangre cuando, por azar, te has cortado un dedo? Qué buena es, ¿verdad?; pues no tiene gusto alguno. Además, ¿no recuerdas haberte llevado un día, entre lúgubres reflexiones, la mano, como profunda copa, a tu enfermizo rostro mojado por lo que de tus ojos caía; mano que luego se dirigió fatalmente a tu boca, para beber a largos tragos, en esta copa, temblorosa como los dientes del alumno que mira de soslayo a quien nació para oprimirle, las lágrimas? Qué buenas son, ¿verdad?; pues tienen el sabor del vinagre. Diríanse las lágrimas de la que más ama; pero las lágrimas del niño tienen mejor paladar. Él no traiciona, al no conocer todavía el mal: la que más ama acaba traicionando tarde o temprano... Lo adivino por analogía, aunque ignoro lo que sea amistad o amor (es probable que nunca los acepte; al menos viniendo de la raza humana). Así, puesto que tu sangre y tus lágrimas no te disgustan, aliméntate, aliméntate confiadamente con las lágrimas y la sangre del adolescente. Véndale los ojos mientras desgarras sus palpitantes carnes; y, tras haber escuchado durante largas horas sus sublimes gritos, parecidos a los hirientes estertores que lanzan en una batalla los gacznates de los heridos agonizantes, entonces, tras haberte apartado como un alud, saldrás corriendo de la vecina alcoba y fingirás acudir en su ayuda. Le desatarás las manos de hinchados nervios y venas, devolverás la vista a sus extraviados ojos, lamiendo de nuevo sus lágrimas y su sangre. ¡Qué auténtico es entonces el arrepentimiento! La chispa divina que brilla en nosotros, y que tan raras veces se muestra, aparece; ¡pero demasiado tarde! Cómo se conmueve el corazón al poder consolar al inocente a quien se ha hecho daño; «Adolescente que acabas de sufrir crueles dolores, ¿quién ha po-

dido cometer en ti un crimen que no sé cómo calificar? ¡Infeliz! ¡Cuánto debes de sufrir! Y si tu madre lo supiera, no estaría más cerca de la muerte, tan aborrecida por los culpables, de lo que ahora estoy yo. ¡Ay!, ¿qué son pues el bien y el mal? ¿Son acaso una misma cosa con la que damos, rabiosamente, testimonio de nuestra impotencia y de nuestra pasión por alcanzar el infinito, aun con los medios más insensatos? ¿O son dos cosas distintas? Sí... Mejor que sean una sola cosa... pues, de lo contrario, ¿qué sería de mí el día del juicio? Adolescente, perdóname; ha sido el que está ante tu rostro, noble y sagrado, quien te ha quebrado los huesos y desgarrado las carnes que penden en distintos lugares de tu cuerpo. ¿Es un delirio de mi razón enferma, es un instinto secreto que no depende de mi razonamiento, como el del águila que desgarrar su presa, lo que me ha llevado a cometer tal crimen?; iy, sin embargo, he sufrido tanto como mi víctima! Adolescente, perdóname. Una vez abandonada esta vida pasajera, deseo que permanezcamos abrazados por toda la eternidad; que formemos un solo ser, con mi boca pegada a la tuya. Ni siquiera así mi castigo será completo. Me desgarrarás, entonces, sin detenerte nunca, con tus dientes y tus uñas a la vez. Adornaré mi cuerpo con perfumadas guirnaldas para este holocausto expiatorio; y ambos sufriremos, yo al ser desgarrado, tú por desgarrarme... con mi boca pegada a la tuya. Oh adolescente de rubios cabellos, de tan dulces ojos, ¿harás ahora lo que te aconsejo? Quiero, a tu pesar, que lo hagas, y así complacerás mi conciencia.» Tras haber hablado así, habrás hecho daño a un ser humano y, al mismo tiempo, serás amado por él: es la mayor felicidad que pueda concebirse. Más tarde, podrás llevarle al hospicio; pues el tullido no podrá ganarse la vida. Te llamarán bueno, y las coronas de laurel y las medallas de oro ocultarán tus pies desnudos, sembrados en la gran tumba, al anciano rostro. Oh tú, cuyo nombre no quiero escribir en esta página que con-

sagra la santidad del crimen, sé que tu perdón fue inmenso como el universo. ¡Pero yo sigo existiendo!

He hecho un pacto con la prostitución para sembrar el desorden en las familias⁹. Recuerdo la noche que precedió a tan peligrosa alianza. Vi ante mí un sepulcro. Escuché que una luciérnaga, grande como una casa, me decía: «Voy a iluminarte. Lee la inscripción. Esta orden suprema no proviene de mí.» Una vasta luz de color sanguíneo, a cuya vista castañetearon mis mandíbulas y mis brazos cayeron inertes, se extendió por los aires hasta el horizonte. Me apoyé contra un muro en ruinas, pues iba a caer, y leí: «Aquí yace un adolescente que murió tísico: ya sabéis por qué. No roguéis por él.» Muchos hombres no hubieran tenido, tal vez, tanto valor como yo. Mientras, una hermosa mujer desnuda se tendió a mis pies. Yo, a ella, con triste semblante: «Puedes levantarte.» Le tendí la mano con la que el fratricida degüella a su hermana. La luciérnaga, a mí: «Toma una piedra y mácala. —¿Por qué?, le dije.» Ella, a mí: «Ten cuidado, tú, el más débil, porque yo soy el más fuerte. Ésta se llama *Prostitución*.» Con lágrimas en los ojos y rabia en el corazón, sentí nacer en mí una fuerza desconocida. Tomé una gran piedra; con muchos esfuerzos, la llevé a duras penas a la altura de mi pecho; me la cargué al hombro con los brazos. Subí a una montaña hasta la cima: desde allí, aplasté a la luciérnaga. Su cabeza se hundió tanto en la tierra como alto es un hombre; la piedra rebotó hasta la altura de seis iglesias. Fue a caer en un lago, cuyas aguas descendieron

⁹ Posibles fuentes evocadas por distintos autores: la Biblia, las obras de Musset —a las que el propio Lautréamont se refiere en sus *Poesías*—, el soneto *Remords posthume* de Baudelaire cuyo ambiente, según Blanchot (ob. cit.), se corresponde con el de esta estrofa. Hubert Juin recuerda que, en el ya mencionado *Problème du mal*, Naville escribe: «No pienso que se engañen quienes estiman que el libertinaje, por sí solo, arrebatara más fuerzas vivas a la humanidad que la guerra, la peste y el hambre unidas.»

un instante, atorbellinándose y abriéndose en su inmenso cono invertido. La calma volvió a la superficie; la luz sanguinolenta se apagó. «¡Ay!, ¡ay!, exclamó la hermosa mujer desnuda; ¿qué has hecho?» Yo, a ella: «Te prefiero a la luciérnaga, porque me apiado de los desgraciados. No es culpa tuya si la justicia eterna te ha creado.» Ella a mí: «Algún día los hombres me harán justicia; no te digo más. Déjame partir para que pueda ocultar, en el fondo de los mares, mi tristeza infinita. Sólo tú y los horrendos monstruos que hormiguean en aquellos negros abismos, no me despreciáis. Eres bueno. Adiós, tú que me has amado.» Yo, a ella: «¡Adiós! Una vez más: ¡adiós! ¡Te amaré siempre!... Desde hoy, abandono la virtud.» Por ello, oh pueblos, cuando oigáis el viento invernal gimiendo sobre el mar y junto a las orillas, o por encima de las grandes ciudades que, desde hace mucho tiempo, llevan luto por mí, o a través de las frías regiones polares, decid: «No es el espíritu de Dios que pasa; es sólo el agudo suspiro de la prostitución unido a los graves gemidos del montevidéano.» Niños, soy yo quien lo dice. De modo que, llenos de misericordia, arrodillaos; y que los hombres, más numerosos que los piojos, hagan largas plegarias.

Al claro de la luna¹⁰, cerca del mar, en los aislados lugares de la campiña, se ve, cuando uno está sumido en amargas reflexiones, que todas las cosas revisten formas amarillas, indecisas, fantásticas. La sombra de los árboles, rápida unas veces, lenta otras, corre, va y viene, de distintas formas, aplanándose, pegándose a la tierra. En aquel tiempo, cuando me llevaban las alas de la juventud, eso me hacía soñar, me parecía extraño; ahora estoy acos-

¹⁰ Pierre Capretz (tesis citada) recuerda la importancia de la luna en muchas de las obras que Ducasse había leído según se desprende de sus *Poesies*: Young, Maturin, Mickiewicz, Goethe...

Pero la frase es también el inicio de una popular canción infantil: «Au clair de la lune, mon ami Pierrot...»

tumbrado a ello. El viento gime a través de las hojas con sus lánguidas notas y el búho entona su grave lamento que eriza los cabellos de quienes lo escuchan. Entonces, los perros, enfurecidos, rompen sus cadenas, se escapan de las lejanas granjas; corren por la campiña, aquí y allá, presas de la locura¹¹. De pronto, se detienen, miran a todos lados con hosca inquietud y los ojos encendidos; y, al igual que los elefantes, antes de morir, dirigen en el desierto una postrera mirada al cielo, elevando desesperadamente su trompa, dejando caer inertes sus orejas, los perros dejan caer inertes sus orejas, levantan la cabeza, hinchán el terrible cuello y rompen a ladrar, unas veces como un niño que grita de hambre, otras como un gato herido en el vientre sobre un tejado, otras como una mujer que va a dar a luz, otras como un moribundo apestado en el hospital, otras como una muchacha que canta una sublime melodía, contra las estrellas del norte, contra las estrellas del este, contra las estrellas del sur, contra las estrellas del oeste; contra la luna; contra las montañas que semejan, a lo lejos, gigantescos roquedales que yacen en la obscuridad; contra el aire frío que aspiran a plenos pulmones y que vuelve rojo y ardiente el interior de su nariz; contra el silencio de la noche; contra las lechuzas cuyo vuelo oblicuo roza su hocico, llevando una rata o una rana en el pico, alimento vivo, dulce, para sus pequeñuelos; contra las liebres, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos; contra el ladrón que huye a uña de caballo tras haber cometido un crimen; contra las serpientes que, agitando los brezales, les hacen temblar la piel y rechinar de dientes; contra sus propios ladridos que les dan miedo; contra los sapos, a los que destrozan de una seca dentellada (¿por qué se han alejado tanto de la ciénaga?); contra los árboles cuyas hojas, suavemente acunadas, son

¹¹ Evidente paralelismo con *Les Hurlleurs*, en *Poèmes barbares*, de Leconte de Lisle (Capretz).

otros tantos misterios que no comprenden, que quieren descubrir con sus ojos fijos, inteligentes; contra las arañas, suspendidas entre sus largas patas, que trepan a los árboles para huir; contra los cuervos que no han encontrado durante el día nada que comer y que regresan al nido con las alas fatigadas; contra las rocas de la orilla; contra los fuegos que aparecen en los mástiles de invisibles navíos; contra el sordo ruido de las olas; contra los grandes peces que, nadando, muestran su negro lomo y se hunden, luego, en el abismo; y contra el hombre que los hace esclavos. Tras ellos, comienzan de nuevo a correr por la campiña, saltando con sus patas ensangrentadas por encima de los fosos, los caminos, los campos, las hierbas y las escarpadas piedras. Diríase que sufren de la rabia, que buscan un gran estanque para apaciguar su sed. Sus prolongados aullidos aterrorizan a la naturaleza. ¡Ay del viajero rezagado! Los amigos de los cementerios se arrojarán sobre él, le desgarrarán, le devorarán con su boca de la que chorrea sangre; pues sus colmillos no están dañados. Los animales salvajes, sin atreverse a acercarse para participar en aquel banquete de carne, huyen, temblorosos, hasta perderse de vista. Tras unas horas, los perros, derrengados por tanto correr de un lado a otro, casi muertos, con la lengua colgando de su boca, se arrojan unos contra otros, sin saber lo que hacen, y se desgarran en mil jirones con increíble rapidez. No lo hacen por crueldad. Cierta día, con los ojos vidriosos, mi madre me dijo: «Cuando estés en tu lecho y escuches los ladridos de los perros en la campiña, ocúltate bajo tus mantas, no te burles de lo que hacen: tienen sed insaciable de infinito, como tú, como yo, como todos los demás humanos de rostro pálido y alargado. Te autorizo, incluso, a ponerte ante la ventana para contemplar este espectáculo, que es bastante sublime.» Desde entonces, respeto el deseo de la muerta. Como los perros, siento necesidad de infinito... ¡Y no puedo, no puedo satisfacer esta necesidad! Soy hijo

del hombre y de la mujer, según me han dicho. Me sorprende... ¡creía ser más! Por lo demás, ¿qué importa de dónde vengo? Si hubiera dependido de mi voluntad, habría preferido ser el hijo de la hembra del tiburón, cuyo apetito es amigo de las tempestades, y del tigre de reconocida crueldad: no seré tan malvado. Vosotros que me miráis, alejaos de mí, pues mi aliento exhala un aire envenenado. Nadie ha visto todavía las verdes arrugas de mi frente; ni los salientes huesos de mi demacrado rostro, parecidos a las espinas de algún gran pez, o a las rocas que cubren la orilla del mar, o a las abruptas montañas alpinas que recorrí a menudo, cuando cubrían mi cabeza cabellos de otro color. Y cuando merodeo en torno a las habitaciones de los hombres, durante las noches tormentosas, con los ojos ardientes, flagelados los cabellos por el viento de las tempestades, aislado como una piedra en el camino, cubro mi ajado semblante con un pedazo de terciopelo, negro como el hollín que llena el interior de las chimeneas: los ojos no deben ser testigos de la fealdad que el Ser supremo, con una sonrisa de poderoso odio, puso en mí. Cada mañana, cuando para los demás se levanta el sol¹², derramando el gozo y el calor salutarios sobre toda la naturaleza, mientras ninguno de mis rasgos se mueve, mirando fijamente el espacio lleno de tinieblas, acurrucado en el fondo de mi amada caverna, presa de una desesperación que me embriaga como el vino, lacero con poderosas manos mi pecho hecho jirones. ¡Y sin embargo siento que no tengo la rabia! ¡Y sin embargo siento que no soy el único que sufre! ¡Y sin embargo, siento que respiro! Como un condenado que ejercita sus músculos, pensando en la suerte que les espera, y que pronto subirá al cadalso, de pie en mi lecho de paja, con los ojos cerra-

¹² P.-O. Walzer (*Oeuvres complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, N.R.F., 1970) evoca un pasaje del *Manfred* de Lord Byron: «Cada mañana, cuando para los demás se levanta el sol, derramando alegría y salutarío calor en toda la naturaleza, mientras ninguno de mis rasgos se mueve.»

dos, giro lentamente mi cuello de derecha a izquierda, de izquierda a derecha durante horas enteras; y no caigo muerto. A veces, cuando mi cuello no puede seguir girando en el mismo sentido, cuando se detiene para comenzar a girar en sentido opuesto, miro súbitamente al horizonte, a través de los escasos intersticios dejados por la espesa maleza que cubre la entrada: ¡y no veo nada! Nada... salvo las campiñas que danzan, en torbellino, con los árboles y las largas hileras de pájaros que cruzan los aires. Eso me turba sangre y cerebro... ¿Quién me golpea, pues, con una barra de hierro en la cabeza, como un martillo que golpeará el yunque?

Me propongo, sin estar conmovido, declamar a grandes voces la seria y fría estrofa que vais a oír. Prestad atención a su contenido y guardaos de la penosa impresión que sin duda dejará, como una magulladura, en vuestras turbadas imaginaciones. No creáis que estoy a punto de morir, pues no soy todavía un esqueleto y la vejez no se ha pegado a mi frente. Dejemos, pues, de lado cualquier idea de comparación con el cisne, cuando su existencia huye, y no veáis ante vosotros más que a un monstruo, cuyo semblante me satisface que no podáis percibir; aunque es menos horrible que su alma. Sin embargo, no soy un criminal... Basta ya de este tema. No hace todavía mucho tiempo que volví a ver el mar y hollé el puente de los bajeles, y mis recuerdos son vívidos como si los hubiera dejado ayer. Permaneced no obstante, si os es posible, tan tranquilos como yo durante esta lectura que me arrepiento ya de ofrecerlos, y no os ruboricéis al pensar en lo que es el corazón humano. ¡Oh pulpo de mirada de seda!¹³, tú, cuya alma es inseparable de

¹³ Variante en B.Q.: «...el corazón humano, ¡Ah! ¡Dazet! (“¡Ah! D...”, en P.A.), tú cuya alma es inseparable de la mía; tú, el más hermoso hijo de mujer,

la mía; tú, el más hermoso de los habitantes del globo terrestre que gobiernas un serrallo de cuatrocientas ventosas; tú, en quien habitan noblemente, como en su natural residencia, de común acuerdo, con indestructible vínculo, la dulce virtud comunicativa y las gracias divinas, ¿por qué no estás conmigo, con tu vientre de mercurio contra mi pecho de aluminio, sentados ambos en algún roquedal de la orilla, para contemplar ese espectáculo que adoro?

Viejo océano¹⁴ de olas de cristal, te pareces proporcionalmente a las azuladas marcas que pueden verse en la espalda magullada de los grumetes; eres un inmenso hematoma en el cuerpo de la tierra: me gusta esta comparación. Así, a primera vista, un prolongado soplo de tristeza, que parece el murmullo de tu suave brisa, pasa, dejando imborrables huellas, por el alma profundamente turbada, y suscitás en el recuerdo de tus amantes, sin que se advierta siempre, los rudos inicios del hombre, en los que trabó conocimiento con el dolor que ya no le abandona. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tu forma armoniosamente esférica, que alegra el grave semblante de la geometría, me recuerda en exceso los minúsculos ojos del hombre, semejantes a los del jabalí por su pequeñez y a los de las aves nocturnas por la perfección circular del contorno. No obstante, el hombre se ha creído siempre hermoso. Por mi parte, supongo, más bien, que el hombre sólo cree en su belleza por amor propio; pero que no es realmente bello y lo

aunque todavía adolescente; tú, cuyo nombre se parece al del mejor amigo de la juventud de Byron; tú, en quien habitan...».

¹⁴ Walzer (ed. cit.) señala también que en las obras familiares a Ducasse abundaban las invocaciones al océano y cita, como ejemplo, las *Nuits* de Young, *L'homme et la Mer* de Baudelaire, y especialmente el cuarto canto del *Childe-Harold* de Byron.

Es importante tener en cuenta, a mi entender, la huella que tres travesías del Atlántico en los navíos de la época dejaron, sin duda alguna, en la joven imaginación de Ducasse. Ver a este respecto mi prefacio a la presente edición.

sospecha; ¿por qué, si no, mira el rostro de su semejante con tanto desprecio? ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, eres el símbolo de la identidad: siempre igual a tí mismo. No cambias de modo esencial y si, en algún lugar, tus olas se enfurecen, más lejos, en alguna otra parte, están en la más completa calma. No eres como el hombre que se detiene en la calle para contemplar dos perros de presa asiéndose por el cuello, pero que no se detiene cuando pasa un entierro; que por la mañana se muestra accesible y de mal humor por la tarde; que ríe hoy y llora mañana. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, no sería en absoluto imposible que ocultaras en tu seno futuros beneficios para el hombre. Le has dado ya la ballena¹⁵. No dejas adivinar fácilmente, a los ojos ávidos de las ciencias naturales, los mil secretos de tu íntima organización: eres modesto. El hombre se jacta sin cesar por cualquier minucia. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, las distintas especies de peces que tú nutres no se han jurado, entre sí, fraternidad. Cada especie vive por su lado. Los temperamentos y las conformaciones que varían en cada una de ellas explican, de modo satisfactorio, lo que en principio parece una anomalía. Así ocurre con el hombre, que no tiene los mismos motivos de excusa. Un pedazo de tierra es ocupado por treinta millones de seres humanos que se creen obligados a no mezclarse en la existencia de sus vecinos, clavados como raíces en el contiguo pedazo de tierra. Yendo de mayor a menor, cada hombre vive como un salvaje en su cubil y raramente sale de él para visitar a su semejante, agazapado también en otro cubil. La gran familia universal de los

¹⁵ Marguerite Bonnet («Lautréamont et Michelet», *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, octubre-diciembre de 1964) compara este párrafo con *La Mer* de Michelet, donde puede leerse: «El elemento al que llamamos fluido, móvil, caprichoso, en realidad no cambia; es la regularidad misma. Lo que cambia constantemente es el hombre.»

humanos es una utopía digna de la más mediocre lógica. Además, del espectáculo de tus fecundas ubres se desprende la noción de ingratitud; pues se piensa de inmediato en esos miserables padres, lo bastante ingratos con el Creador como para abandonar el fruto de su miserable unión. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tu grandeza material sólo puede compararse a la idea que nos hacemos de la potencia activa que ha sido necesaria para engendrar la totalidad de tu masa. No es posible abarcarte de una sola mirada. Para contemplarte es necesario que la vista haga girar su telescopio, con un continuo movimiento, hacia los cuatro puntos del horizonte, al igual que un matemático, para resolver una ecuación algebraica, está obligado a examinar por separado los distintos casos posibles, antes de resolver la dificultad. El hombre ingiere sustancias nutritivas y lleva a cabo otros esfuerzos, dignos de mejor suerte, para parecer grueso. Que esa adorable rana se hinche tanto como quiera. Tranquilízate, no igualará tu tamaño; al menos, eso supongo. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, tus aguas son amargas. Es, exactamente, el mismo sabor de la hiel que destila la crítica sobre las bellas artes, sobre las ciencias, sobre todo. Si alguien tiene talento, le hacen pasar por un idiota; si alguien tiene el cuerpo hermoso, es un horrible jiboso. En verdad es preciso que el hombre sienta con fuerza su imperfección, cuyas tres cuartas partes, además, se deben a sí mismo, para criticarla así. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, los hombres, pese a la excelencia de sus métodos, no han logrado todavía, ayudados por los medios de investigación de la ciencia, medir la profundidad vertiginosa de tus abismos; tienes algunos que las más largas sondas, las más pesadas, han reconocido inaccesibles. A los peces... les está permitido: no a los hombres. Me he preguntado, a menudo, si era más fácil averiguar la profundidad del océano o la profundidad del corazón

humano. A menudo, con la mano en la frente, erguido en los bajeles, mientras la luna se balanceaba irregularmente entre los mástiles, me he sorprendido, haciendo abstracción de cuanto no era el objetivo que yo perseguía, esforzándome por resolver tan difícil problema. Sí, ¿cuál de ambos es más profundo, más impenetrable: el océano o el corazón humano?¹⁶ Si treinta años de experiencia de la vida pueden, hasta cierto punto, inclinar la balanza hacia una u otra de estas soluciones, me estará permitido decir que, pese a la profundidad del océano, no puede colocarse al mismo nivel, por lo que se refiere a la comparación sobre esta propiedad, que la profundidad del corazón humano. Me he relacionado con hombres que fueron virtuosos. Morían a los sesenta años y nadie dejaba de exclamar: «Han hecho el bien en esta tierra, es decir que han practicado la caridad: eso es todo, no es gran cosa, todos pueden hacer lo mismo.» ¿Quién puede comprender por qué los amantes, que se idolatraban la víspera, por una palabra mal interpretada, se separan, el uno hacia oriente, hacia occidente el otro, con los aguijones del odio, de la venganza, del amor y del remordimiento, y no vuelven a verse más, envuelto cada uno de ellos en su solitario orgullo?¹⁷ Es un milagro que se renueva cada día y que no por ello es menos milagroso. ¿Quién puede comprender por qué no sólo se saborean las desgracias generales de los semejantes sino, también, las particulares de los más queridos amigos, aunque, al

¹⁶ Hubert Juin cita *L'Homme et la Mer*, en cuya cuarta estrofa se encuentra una noción semejante. Traduce Nydia Lamarque:

Ambos sois tenebrosos a la vez y discretos:
hombre, nadie ha sondeado el fondo de tu abismo;
oh mar, nadie ha llegado a tu tesoro mismo,
¡con tan celoso afán guardáis vuestros secretos!

¹⁷ Pierre-Olivier Walzer (ed. cit.) insinúa que, siendo Ducasse un gran lector de Musset, este párrafo podría aludir al episodio de «los amantes de Venecia» entre George Sand y Alfred de Musset.

mismo tiempo, aflijan? Un ejemplo incontestable para cerrar la serie: el hombre, hipócritamente, dice sí y piensa no. Por ello los jabatos de la humanidad confían tanto los unos en los otros y no son egoístas. La psicología tiene todavía que progresar mucho. ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, eres tan poderoso que los hombres lo han aprendido a sus propias expensas. Por más que empleen todos los recursos de su genio... son incapaces de dominarte. Han encontrado a su dueño. Digo que han encontrado algo más fuerte que ellos. Ese algo tiene nombre. Ese nombre es: ¡océano! Es tal el miedo que les inspiras, que te respetan. Pese a ello, haces danzar sus más pesadas máquinas con gracia, con elegancia y facilidad. Les obligas a dar saltos gimnásticos hasta el cielo y admirables zambullidas hasta el fondo de tus dominios: un saltimbanqui los envidiaría. Bienaventurados son cuando no les envuelves, definitivamente, en tus hirvientes pliegues para ir a ver, sin ferrocarril, en tus acuáticas entrañas, cómo se encuentran los peces y, sobre todo, cómo se encuentran ellos mismos. El hombre dice: «Soy más inteligente que el océano.» Es posible; es, incluso, bastante cierto; pero el océano es más temible para él que él para el océano: eso es algo que no es necesario probar. El patriarca observador, contemporáneo de las primeras épocas de nuestro suspendido globo, sonríe apiadado cuando asiste a los combates navales de las naciones. He aquí un centenar de leviatanes¹⁸ surgidos de las manos de la humanidad. Las órdenes enfáticas de los superiores, los gritos de los heridos, los cañonazos, son un estruendo hecho para aniquilar algunos segundos. Parece que el drama ha terminado y el océano se lo ha echado todo en el vientre. Las fauces son formidables. ¡Qué grandes de-

¹⁸ En el *Libro de Job* (III, 8), Leviatán es un monstruo marino. La utilización de su nombre para designar a los navíos fue bastante común en el siglo XIX; Byron en el *Childe-Harold* los llama «leviatanes de encina con flancos gigantescos».

ben de ser hacia abajo, en dirección a lo desconocido! Por fin, como colofón de la estúpida comedia que ni siquiera es interesante, se ve en medio de los aires, alguna cigüeña, retrasada por la fatiga, que se pone a gritar sin detener la envergadura de su vuelo: «¡Caramba!... ¡ésa sí que es buena! Ahí abajo había unos puntos negros; he cerrado los ojos y han desaparecido.» ¡Te saludo, viejo océano!

Viejo océano, oh enorme célibe, cuando recorres la solemne soledad de tus reinos flemáticos, te enorgulleces con razón de tu nativa magnificencia y por los auténticos elogios que me apresuro a dirigirte. Voluptuosamente acunado por los blandos efluvios de tu majestuosa lentitud, que es el más grandioso de los atributos con los que el soberano poder te ha gratificado, despliegas, en medio de un sombrío misterio, por toda tu sublime superficie, las olas incomparables, con el calmo sentimiento de tu eterno poder. Se siguen paralelamente, separadas por cortos intervalos. Apenas disminuye una cuando otra, creciendo, sale a su encuentro, acompañada por el melancólico rumor de la espuma que se funde, para advertirnos que todo es espuma. (Así, los seres humanos, vivientes olas, mueren uno tras otro, con monotonía; pero sin producir rumor espumoso.) El ave de paso descansa confiada sobre ellas y se abandona a sus movimientos llenos de orgullosa gracia, hasta que los huesos de sus alas hayan recobrado su vigor habitual para proseguir la aérea peregrinación. Quisiera yo que la majestad humana fuera sólo la encarnación del reflejo de la tuya. Pido mucho y este sincero deseo es, para ti, glorioso. Tu grandeza moral, imagen del infinito, es inmensa como la reflexión del filósofo, como el amor de la mujer, como la belleza divina del pájaro, como las meditaciones del poeta. Eres más hermoso que la noche. Responde, océano, ¿quieres ser mi hermano? Muévete impetuoso... más... más aún, si quieres que te compare a la venganza de Dios; alarga tus lívi-

das garras, abriéndote camino en tu propio seno... así está bien. Despliega tus olas espantosas, horrendo océano que sólo yo comprendo y ante quien caigo, prosternándome a tus pies. La majestad del hombre es algo prestado; no me impresionará; tú, sí. ¡Oh!, cuando avanzas, alta y terrible la cresta, rodeado por tortuosos repliegues como si fueran tu corte, magnético y hosco, con tus ondas que se arremolinan unas sobre otras, con la conciencia de lo que eres, mientras lanzas, desde las profundidades de tu pecho, como abrumado por un intenso remordimiento que no puedo descubrir, ese sordo mugido perpetuo que tanto temen los hombres, incluso cuando te contemplan, a salvo, temblorosos en la orilla, veo, entonces, que no me corresponde el derecho insigne de llamarme tu igual. Por ello, en presencia de tu superioridad, te daría todo mi amor (y nadie sabe la cantidad de amor que contienen mis aspiraciones a lo bello), si no me hicieras pensar, dolorosamente, en mis semejantes, que forman contigo el más irónico contraste, la más chusca antítesis que nunca se haya visto en la creación: no puedo amarte, te detesto. ¡Por qué vuelvo a ti, por milésima vez, a tus brazos amigos que se entreabren para acariciar mi ardiente frente, que, a su contacto, ve desaparecer la fiebre! No conozco tu oculto destino; todo lo que te concierne me interesa. Dime, pues, si eres la morada del príncipe de las tinieblas. Dímelo... dímelo, océano (sólo a mí, para no entristecer a quienes no han conocido, aún, más que ilusiones), y si el soplo de Satán crea las tempestades que levantan hasta las nubes tus salobres aguas. Tienes que decírmelo para que me alegre al saber que el infierno está tan cerca del hombre. Quiero que ésta sea la última estrofa de mi invocación. En consecuencia, una vez más todavía, quiero saludarte y despedirme de ti¹⁹. Viejo océano

¹⁹ De nuevo Walzer cita como fuente el *Childe-Harold*, Canto IV: «Mi tarea ha terminado, cesa mi canto, mi voz ha dejado oír su postrer sonido: es tiempo ya de romper el encanto de este sueño prolongado.»

de olas de cristal... Abundantes lágrimas mojan mis ojos y no tengo fuerzas para proseguir; pues siento que ha llegado el momento de regresar a los hombres de aspecto brutal; pero... ¡valor! Hagamos un gran esfuerzo y cumplamos, con el sentimiento del deber, nuestro destino en esta tierra. ¡Te saludo, viejo océano!

No me verán, cuando llegue mi última hora (y escribo esto en mi lecho de muerte), rodeado de curas. Quiero morir, acunado por las olas del mar tempestuoso o de pie sobre la montaña... con la mirada fija en lo alto; no: sé que mi aniquilación será completa. Además, no puedo esperar gracia alguna. ¿Quién abre la puerta de mi cámara funeraria? Había dicho que nadie entrara. Seáis quien seáis, alejaos; pero si creéis percibir algún signo de dolor o de miedo en mi rostro de hiena (utilizo esta comparación, aunque la hiena sea más hermosa que yo, y más agradable a la vista), desengañaos: que se acerque. Estamos en una noche de invierno, cuando los elementos chocan entre sí por todas partes, el hombre tiene miedo y el adolescente medita cierto crimen contra uno de sus amigos, si es lo que yo fui en mi juventud. Que el viento, cuyos quejumbrosos silbidos entristecen a la humanidad, desde que viento y humanidad existen, instantes antes de la postrera agonía, me lleve sobre los huesos de sus alas, a través del mundo impaciente por mi muerte. Gozaré todavía, en secreto, de los numerosos ejemplos de la maldad humana (a un hermano le gusta ver, sin ser visto, los actos de sus hermanos). El águila, el cuervo, el inmortal pelícano, el pato salvaje, la grulla viajera, despiertos, tiritando de frío, me verán pasar a la luz de los relámpagos, espectro horrible y satisfecho. No sabrán lo que significa. En la tierra, la víbora, el grueso ojo del sapo, el tigre, el elefante; en la mar, la ballena, el tiburón, el pez martillo, la informe raya, el colmillo de la foca polar, se pregunta-